



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XXXI. Que trata de muchas y grandes cosas.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.



SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta pues la historia que antes que á la casa del placer ó castillo llegasen, se adelantó el duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habian de tratar á don Quijote (1),

el cual como llegó con la duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron del dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en pies de unas ropas, que llaman de levantar de finísimo raso carmesí, y cogiendo á don Quijote en brazos sin ser oído ni visto, le dijeron: vaya la vuestra grandeza á apearse á mi señora la duquesa. Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la duquesa; y no quiso descender ó bajar del palafren sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el duque á apearse, y al entrar en un gran patio llegaron dos her-

(1) En este pasaje, y en todos los que siguen y ocurrieron en casa de los duques; supone Cervantes instruidos á estos en los libros de caballería, y á su contenido están arregladas todas las ceremonias del recibo y obsequias con que festejaron á don Quijote.—A.

mosas doncellas, y echaron sobre los hombros á don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos; ó los mas, derramaban pomos de aguas olorosas sobre don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba don Quijote; y aquel fue el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando el rucio, se cosió con la duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: Se-



ñora Gonzalez, ó como es su gracia de vuesa merced... Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña: ¿qué es lo que mandais, hermano? A lo que respondió Sancho: querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caba-lleriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido decir á mi señor, que es zahorí (1)

de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino*; y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podreis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quinola (2) de sus años por punto menos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios dará la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos: y esto dijo en voz tan alta que lo oyó la duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quien las habia. Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la cabailleriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la

(1) Aquí está por descubridor, investigador ó averiguador. — Mz. DEL ROMERO.

(2) Metáfora tomada de cierto juego de naipes, en el que se dice *hacer quinola* cuando se tiene cierto número de cartas cada una de su palo; y con la que Sancho da á entender á la dueña Rodriguez que para hacer quinola en cuanto á vejez, ó llegar á los años de ella, no le faltaria ninguno. — Arr.

duquesa, mas que cuantas pudieran decirme (1); y hablando con Sancho le dijo: advertid, Sancho amigo, que doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto: solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona mas caritativa que á la señora doña Rodriguez. Don Quijote, que todo lo oía, le dijo: ¿pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona.

Con estos razonamientos gustosos á todos, sino á don Quijote, llegaron á lo alto y entraron á don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y le sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habian de hacer, y de como habian de tratar á don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó don Quijote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fue una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), reventáran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien á los caballeros andantes como la valentia. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho; y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho le dijo: dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tegido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti, y mal venturado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra (2)? No, no, Sancho amigo: huye, huye destes inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapie cae y da en truhan desgraciado: enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos hablado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua, antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quien ellos eran.

Vistióse don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escar-

(1) Hay un refran italiano que dice:

A donna non si fa maggior dispetto

Che quando vecchia ó brutta gli vien detto.

« No hay ultraje mayor para una dama

Que cuando vieja ó fea se la llama. » — Mz. DEL ROMERO.

(2) Supuesto, falso ó fingido. — Arr.

lata á cuestras, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala adonde halló á las doncellas puestas en ala tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos (1), la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios (2). La duquesa y el duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables (3). Destos tales digo que pasaron entre el duque religioso que con los duques salió á recibir á don Quijote. Hiciéronse mil cortes comedimientos, y finalmente cogiendo á don Quijote en medio, se fuéron á sentar á la mesa. Convidó el duque á don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo reusó, las importunaciones del duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el duque y la duquesa á los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necesidad. Miróle Sancho y entendióle, y dijo: no tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió don Quijote; di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor don Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica (4), como se verá por la obra. Bien será, dijo don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del duque, dijo la duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos días, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este:

Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencia de Quiñones, que fue hija de don Alonso de Marañón (5), caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso,

(1) Agua aderezada ó de olor para lavarse las manos. — P.

(2) Esto es, *cubiertos*, como ahora se dice. — Arr.

(3) Era práctica común en tiempo de Cervantes tener los grandes, los ministros, los embajadores y los vi-
reyes, confesores públicos y señalados. Estos por lo regular eran frailes, los cuales validos de la autoridad que los penitentes concedían á sus directores, se mezclaban en el gobierno de sus haciendas y casas; y como criados en la mezquindad de un convento, limitaban con tanta economía y apocamiento los gustos y liberalidades de los poderosos, que los hacían parecer miserables con desdoro de su grandeza. Esta necia intervencion de frailes en el gobierno económico de las casas de los señores, es lo que critica y reprende Cervantes con motivo del cenobita intolerante, necio y ridículo que mangoneaba en la casa del duque, huésped de don Quijote, y de ellos pudiera darse aquí un largo catálogo.

(4) Se nota la facilidad del que reprende á otro el modo de portarse en las acciones peligrosas, estando él en seguro y fuera del lance. — D. A.

(5) Uno de los muchos soldados y personas principales que se ahogaron en la isla de la Herradura, costa del reino de Granada. — P.

el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por ningún hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, dijo don Quijote, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días. No ha de acortar tal, dijo la duquesa; por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días; que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un Labrador pobre pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazón el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y así digo, que llegando el tal Labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen paso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que había ido por aquel tiempo á segar á Templeque. Por vida vuestra, hijo, replicó el religioso, que volvais presto de Templeque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Espues el caso replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca... Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el Labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el Labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el Labrador, que presumia de cortes y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino; poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito.

Púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa, porque don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa á don Quijote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. A lo que don Quijote respondió: señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones (1) y malandrines (2) la he enviado; ¿pero adonde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo; á lo menos en la lijereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora duquesa, así salta desde el suelo

(1) Hombres vanos y soberbios. Viene esta voz de la antigua francesa *fol*, de donde se deriva tambien el verbo *folleo*, que significa propriamente *inflar los carrillos*; y como es el aire de lo que se llenan, de aquí se llamaron *follones* los soberbios y jactanciosos, como llenos del viento de la vanidad; y aun los fuelles con que se sopla se dijeron así del mismo verbo *folleo* por llenarse de aire. De esta misma raíz se formaron las palabras *follius* y *folliu*, introducidas en la baja latinidad. Este mismo origen reconocen la voz francesa *folie* ó la locura; y las *folias*, nombre de baile, llamado así por sus locos movimientos y extravagantes piroetas (*Ducange, Glossarium ad Script. Mediae et Infimae Latinitatis*). — P. — En cuanto que á la voz *fuelle* y sus derivados puedan venir de la antigua francesa *fol*, no somos de la misma opinion que Ducange, cuando encontramos en el elegante Ciceron la voz *folliis*, fuelle.

(2) Voz italiana, introducida en la baja latinidad: que significa *ladron, salteador de caminos, pirata*.

sobre una horrica, como si fuera un gato. ¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el duque. Y como si la he visto, respondió Sancho; ¿pues quien diablos si no yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre.

El eclesiástico que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo habia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates: y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque le dijo: vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote ó don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vacidades. Y volviendo la plática á don Quijote le dijo: y á vos, alma de cántaro, ¿quien os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que venceis gigantes, y prendéis malandrines? Andad enhorabuena y en tal se os diga: volved á vuestra casa y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En donde, nora tal, habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Donde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo don Quijote á las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pie y dijo..... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

